



un año de incesante y vária lucha, se muestra cada día más animosa y fuerte; ejemplo solemne del poder de un pueblo. En Austria pelea un rey sin nación, y en España pelea una nación sin rey. Sin embargo, el Austria con los ejércitos y la ciencia sucumbe, y España por el entusiasmo se salva.

La observacion de este contraste avivó sin duda la adhesion, hasta entonces poco calorosa, de la Inglaterra á la causa de España. Envió, como dejamos dicho, nuevas tropas á Portugal con objeto de arrojar de allí á los franceses, para pasar despues al interior de la Península, y solicitó con empeño, poco fiada en la capacidad de nuestros generales, que el suyo mandase los ejércitos españoles como mandaba los portugueses. La junta rechazó tan humillante propuesta; mas no por eso rehusó que de concierto se prosiguiese la guerra contra el enemigo comun. Con este fin, despues de haber expulsado á Soult del reino vecino, Wellesley levantó su campo de Abrantes y se trasladó á la Extremadura española, entrando en Plasencia el 8 de Julio.

La presencia del ejército anglo-portugués en España, puso en general movimiento á franceses y españoles. De éstos se concertaron con los aliados los ejércitos de Cuesta y Venegas, formando un conjunto de cien mil combatientes; sesenta mil españoles, veintidos mil ingleses y diez y ocho mil portugueses. Igual era el número de los contrarios, pues para combatirlos se pusieron de acuerdo y se acercaron los cuerpos 1.º, 2.º, 4.º, 5.º y 6.º, que bajo las órdenes de Soult, Ney, Mortier, Víctor, Lapisse y Sebastiani, se hallaban á la sazón en Extremadura, la Mancha y las Castillas, con más la reserva, guardia de José, con que Jourdan y Desolles concurren también de Madrid.

Las operaciones que emprendieron terminaron en una célebre batalla, constituyendo la que se ha llamado campaña de Talavera, una de las más complicadas de aquella guerra.

Luego que Wellesley llegó á Plasencia pasó á avistarse en Casas del Puerto con Cuesta para conferenciar sobre el plan de campaña que iba á abrirse. El que se prefirió entre los varios propuestos fué el siguiente: el ejército español.

pasando el Tajo por Almaraz y Puente del Arzobispo, iría á situarse delante del mariscal Víctor, retirado á Talavera, ocupando desde aquí al Casar; el inglés atravesaría el Tietar por Bazagona para ir á formar una línea protectora desde Oropesa á San Roman; y los portugueses, al mando de Wilson, se establecerían delante de ella desde su término hasta Escalona. El pensamiento era batir al mariscal Víctor antes de que se le reuniesen las demas fuerzas, y sobre la marcha dirigirse á la capital; para lo cual amagaría á ésta con un golpe de mano el ejército de la Mancha, eludiendo á Sebastiani y cruzando el Tajo por Fuentidueña. El éxito de este plan dependía de la oportunidad y fortuna de los movimientos y los choques, pues estando en marcha para juntarse los ejércitos imperiales, era fácil encontrarse en el momento crítico flanqueado por algun cuerpo ó con dobles fuerzas de las que se esperaba batir.

Por su parte, los franceses estuvieron algun tiempo indecisos entre la opinion de Soult, uno de los generales más estimados de Napoleon, y la de José, que al fin prevaleció. Aquél proponía que se operase en grandes masas sobre dos centros, uno á orillas del Duero, en Toro, donde él estaba, y otro hácia el Tajo, por Talavera. José, dudando de la fortuna de operaciones en tan grande escala, y no queriendo verse en la precision de evacuar otra vez la córte, prefirió salir derechamente al encuentro del enemigo para batirlo sin dejar de cubrirla. Ordenó á Soult que se dirigiese rápidamente á Plasencia para cortar en este punto la línea de comunicacion del ejército inglés, ó precisarlo al ménos á encaminarse con más lentitud y circunspeccion sobre Madrid; á Víctor que se retirase al ángulo que forma la confluencia del Alberche con el Tajo; y á Sebastiani, que fuese á incorporarsele enderezándose á marchas forzadas á Toledo. El salió de la córte el 23 de Julio á unirse también á Víctor, con ánimo de entretener en aquellas orillas á los aliados para dar tiempo á la llegada de Soult y Sebastiani.

A haber más armonía en nuestro campo, antes de que ella se verificase hubiera podido derrotarse al ejército que servía de base á este plan, el de Víctor. Principiaron las alteraciones

CAPÍTULO XXIV

La guerra de España reanuda á las demas naciones subyugadas por Napoleon.—Se aviva la adhesion de la Inglaterra á la causa peninsular.—Recompensas concedidas por los gobiernos de España é Inglaterra.—Se presenta Soult en Extremadura, y el ejército aliado se pone tras el Tajo.—Encuentro de Ney y Wilson.—Wellington se retira á Badajoz y la frontera portuguesa.—Viene á España de embajador por Inglaterra el marqués de Wellesley, hermano de Wellington.

La lucha con tanta tenacidad sostenida por España no podia pasar como un hecho sin consecuencia en el estado actual de Europa. La suerte de ésta habia venido á depender de un sólo hombre, y la estrella de este hombre no se habia oscurecido sino, como el sol, al llegar á las regiones occidentales.

Varía habia sido para España la fortuna: vencedora en el primer impulso de su indignacion, habia rechazado las legiones invasoras hasta la muralla de los Pirineos: desde allí, triunfando la pericia militar de nuestros ejércitos bisoños, habian sido éstos obligados á guarecerse tras la doble barrera de los montes Marianos y el Guadalquivir; y por último, como incierta y dudosa la fortuna, les concedia en Galicia y Portugal los laureles que les arrebatara en Extremadura y Aragon. Pero si España no siempre vencía, luchaba siempre; y detener solamente á quien todo lo habia arrollado hasta entonces, cortar el vuelo al águila y herirla, era prepararla á caer.

A la vista de aquella noble lucha, tan briosamente sostenida por un pueblo olvidado ó

despreciado, las demas naciones, avergonzadas de sí mismas, sintieron renacer sus fuerzas y hallaron pesado el yugo de la servidumbre. El Austria, que no habia perdido en Presburgo su orgullo de potencia militar, fué la primera que se alzó de nuevo contra el dominador universal (9 de Abril). Pero éste, prevenido por ciertos indicios que de España le habian hecho trasladarse á Paris en Enero á esperar el reto, con la rapidez del ave que tomó por emblema de su genio, atravesó el Rhin. Incorporó á su ejército las tropas del rey de Baviera, é inaugurando la campaña con las victorias de Tann y Abensberg, un mes despues de su salida de Paris, se hacia abrir á cañonazos las puertas de Viena.

¡Qué contraste ofrecieron entonces el Austria y la España! Aquella, potencia militar de primer orden, defendida por grandes ejércitos y afamados generales, al cabo de cuatro ó cinco batallas, una sola contraria á Napoleon, suspende fatigada la lucha y reconoce en Znain (12 de Julio), la necesidad de la paz. Rinde á los tres meses las armas, mientras España, tras



por una reclamación de Wellesley, aunque justa y motivada, demasiado acerba, de la debida asistencia de viveres á sus tropas, sin la cual amenazaba con dejar á España entregada á sus propias fuerzas. Sin embargo, él como Cuesta, se puso en movimiento en los días prefijados, hallándose ya el 21 ambos ejércitos en las inmediaciones de Talavera. Al día siguiente hubo entre las respectivas vanguardias escaramuzas, que obligaron á los franceses á reparar el Alberche.

La situación de Víctor era entonces ésta: tenía su cuartel general en Cazalegas ó Sotocochinos, pueblo de la carretera de Madrid, casi equidistante del Alberche y el Tajo; Villate y Lapisse, colocados en unas alturas que caen sobre aquél, cubrían la derecha; y por la izquierda estaba Ruffin, con una batería de catorce piezas hácia la confluencia de los ríos. Sus fuerzas no eran más que venticinco mil hombres.

El general inglés, queriendo aprovechar esta ventaja y apreciando debidamente los momentos, propuso al español el 23 atacarlo aquel mismo día. Rehusólo éste bajo frívolos pretextos, que despues alegó en disculpa, ofreciéndose para la madrugada inmediata; pereza ó prudencia que se extrañó en su carácter enérgico y sobradamente decisivo, y que dió lugar se atribuyese á la sorda influencia de un oficial de su estado mayor inteligenciado con el enemigo, ó al deseo de adquirirse sólo la gloria de una batalla. Wellesley, irritado con una dilación que exponía á malograrse el plan, al saber que efectivamente Víctor levantaba el campo, declaró que no se movería un paso más hácia el Alberche si no se le afianzaba la manutención de sus tropas. Así, la ambición y la rivalidad de los generales, entretenían y exponían á probable riesgo las esperanzas de tantas naciones.

No se desconció por eso Cuesta, pues se le vió irreflexivo avanzar sólo al día siguiente 23, llevando la osadía de su movimiento hasta Torrijos, donde el enemigo le hizo reconocer su imprudencia. Víctor no se había retirado sino para unirse á las tropas de José y Sebastiani, que suponía cercanas; reunion que se verificó el 25 detrás del Guadarrama. Y aun

entonces, que su fuerza se había duplicado, no pensaban los franceses atacar hasta que Soult se aproximase á Talavera viniendo por la espalda de los aliados. El resultado hubiera sido sin duda funesto para nuestros ejércitos, si la fogosidad natural del carácter francés hubiera consentido que esa oportunidad llegase.

Pero, así José como Víctor y Sebastiani, observando el 26 la temeraria marcha de Cuesta, determinaron caer sobre él, sin reprimirse, ni porque Venegas hubiese seguido desde la Mancha tras el tercero hasta las inmediaciones del Tajo, ni porque Wilson, corriéndose desde Escalona hasta Navalcarnero, á cinco leguas de la capital, les amenazase con un levantamiento en ella. Por fortuna, la vanguardia de nuestro ejército al mando de Zayas, auxiliada por el bizarro Alburquerque, supo detener largo trecho á los contrarios y cubrir la retirada de Cuesta. Tal era éste de taimado y orgulloso, que, al encontrar á los ingleses avanzados en Cazalegas, se empeñaba en volver caras; siendo no poco costoso el hacerle trasponer el Alberche para tomar mejores posiciones.

He aquí las que de una y otra parte ocuparon. Wellesley formó su línea desde Talavera en una extensión de tres cuartos de legua hasta más allá del cerro de Medellín, colocando los españoles á la derecha y sus tropas en el centro y la izquierda, resguardadas por el hondo cauce del Portiña, entonces seco. En los extremos había dos baterías; una enfilando el camino que lleva al largo puente de tablas del Alberche, y otra en la cima de aquel cerro, donde se levanta el cubo de un antiguo castillo. Una división que se hizo situar cerca de aquel río, debía pasar á formar una segunda línea hácia el promedio de la mitad izquierda de la primera cuando se empezase la batalla, para acudir en socorro del sitio más necesitado. A Wilson se le avisó que volviese inmediatamente á tomar su anterior posición de Escalona. José, apenas observó en la mañana del 27 esta distribución, por el consejo de Víctor, destinó á éste con el primer cuerpo contra la izquierda; á Sebastiani con el cuarto, la reserva y la guardia del rey contra la derecha, y á la caballería contra el centro. Ya hemos dicho que estas



fuerzas ascendían á cincuenta mil hombres: el ejército aliado tenía allí treinta y cuatro mil españoles y diez y nueve mil ingleses, incluyendo nueve mil de caballería.

Era al declinar el sol de un caloroso día del estío cuando de la orilla izquierda del Alberche partían las divisiones francesas á tomar sus respectivas posiciones para la gran batalla que se debía librar al día siguiente. Víctor, empero, conociendo que la llave de la línea enemiga era el cerro de Medellín, rodeado de un foso natural, y que quizá á favor de la oscuridad le sería más fácil apoderarse de él, hizo romper un fuerte cañoneo y dar una carga de caballería contra la derecha, mientras las divisiones Ruffin y Villate marchaban á realizar su intento. De los españoles fueron en la acometida momentáneamente desordenados algunos cuerpos; pero los demas, y sobre todo la artillería, supieron contenerla y rechazarla.

En la izquierda aún fué más afortunada la embestida, aunque igualmente efímero el triunfo. Ya había llegado á la cima del cerro con intrepidez desesperada un solo regimiento de los imperiales arrojando por la falda opuesta á los ingleses, cuando Hill, que la defendía, volviendo á la carga, la recobró. En vano tornaron aquéllos al ataque y lo extendieron por su izquierda hasta bien entrada la noche, pues hubieron de reconocer al fin que no les era posible arrancar de la firmeza británica lo que en el ímpetu primero habían llegado á poseer.

El resultado de este ataque vino á ser más funesto á los franceses de lo que al replegarse creyeron, porque Wellesley, que no había apreciado debidamente la posición del cerro, fijó en ella su atención, y la reparó con más fuerzas para la batalla general que se esperaba.

Amaneció el día 28, y como si el largo curso de un día de verano no bastase á apagar el ansia de pelear, apenas apuntó la primera luz, rompió de nuevo con espantoso estruendo el cañoneo. Todos creían de consecuencias decisivas aquella jornada. El cerro de Medellín fué también el punto de empeño, combatido de frente y de costado, en masa y por batallones, una tras otra embestida, aunque por los mismos Ruffin y Villate. Desangrados y rendidos

de sed y de fatiga, sin poder expulsar definitivamente á los ingleses de aquella terrible altura, se replegaron á descansar tras una formidable batería. Eran las nueve de la mañana. No siendo para los defensores ménos necesario el descanso, hubo sin convenio una suspensión de fuego por tres horas.

Dícese que entonces José, á la vista del horroroso cuadro que ofrecía la falda del cerro, cubierta de cadáveres franceses, indeciso entre continuar el ataque ó retirarse, consultó á sus generales si convendría aguardar la llegada de Soult; que Jourdan le aconsejó la suspensión, pero que prevaleció en su ánimo la opinión pundonorosa de Víctor, quien conceptuaba una mengua para las armas imperiales el interrumpir una batalla empezada.

Al continuarla por tercera vez se hizo general en toda la línea. Sebastiani, que acometió el primero por el punto en que se tocaban los españoles y los ingleses, donde había un reducto no concluido, se vió rechazado á sus puestos una y otra vez por nuestros artilleros, auxiliados por la infantería de ambos ejércitos, y al fin desbaratado por el regimiento de caballería del rey perdiendo diez cañones. Ruffin y Villate aún fueron ménos afortunados contra la izquierda que las veces anteriores porque la hallaron protegida por la caballería inglesa, establecida en la cañada del cerro y sostenida por las divisiones españolas de Bassecourt y Alburquerque. En el centro es donde fluctuó por algun tiempo el éxito de la batalla. No porque allí no fuesen también rechazados los franceses, sino porque demasiado ardorosa la guardia inglesa en el alcance, se vió de pronto á su vez repelida al llegar á la línea enemiga, y su desórden trastornó el centro de la nuestra. Un buen golpe de gente sobre aquella abertura, y los franceses hubieran cantado victoria. Pero perdieron esa oportunidad, y Wellesley, que observaba todo el campo de batalla desde la torre del cerro de Medellín, tuvo la sabia previsión de mandar cubrir inmediatamente aquel claro con un regimiento. Acudió tan á tiempo y con tal bravura acometió, que bastó solo para contener al enemigo. La caballería de la segunda línea, avanzando de frente y la artillería